

# El hombre y los hombres de Ibsen

Por ROALD VIGANO

UNA pequeña ciudad de Noruega —pequeña en más de un sentido— vive de los dineros que dejan los turistas que en el verano llegan hasta ella para bañarse en sus termas. El doctor Stockmann, médico del pueblo y hermano del alcalde, descubre que las aguas están envenenadas y advierte a las autoridades que es preciso realizar los trabajos necesarios para destruir el foco infeccioso, lo que demandará un tiempo relativamente largo. El turismo deberá, así, suspenderse por toda la temporada, y tal vez por más de una. El pequeño pueblo de almas mezquinas se resiste a perder la fuente de sus ingresos, y el resultado final es la segregación del médico y su familia, solos con su pesada verdad.

\*  
\* \*

Esta síntesis argumental encontró en las cuartillas de Enrique Ibsen un desarrollo prieto, ajustado a las exigencias más rigurosas, en el que nada falta y nada sobra. Cada acto y el cuadro total del drama, es de una precisión cultivada no ya con esmero sino con pasión. De aquí que los tres telones separadamente y el último para el todo, den esa sensación inequívoca y luminosa de algo realmente acabado, como sucede con los últimos compases de una sinfonía de Beethoven.

La misma fuerza escultórica preside el trazado de los caracteres, desde el imponente Stockmann hasta los pequeños Morten y Eilif. Los mismos circunstanciales componentes de la claqué del acto en casa de Horster, parecen figuras animadas del friso de algún monumento público de inspiración revolucionaria. A todo lo largo

de la obra, desde la primera aparición de Catalina hasta el abrazo final de la familia solidaria entre los brazos firmes de su jefe, Ibsen está visible en el aire de la escena, gobernando cada movimiento y cada palabra de sus criaturas con maestría soberana y voluntad inapelable. Pero si ninguno escapa a su genio de gobierno, no cabe duda que es el doctor Stockmann aquél en quien el sello inconfundible del creador está marcado con vigor más intenso y líneas más nítidas. Es en Stockmann donde resplandece más clara la energía miguelangelesca de la caracterización de Ibsen.

\*  
\* \*

“¿Qué han aprendido hoy en la escuela, chicos?” —pregunta Stockmann a sus hijos ya sobre el telón del primer acto.

“—Nos enseñaron lo que es un insecto” —responden los pequeños.

“—Pues desde hoy en adelante —les dice el padre— yo les enseñaré lo que es un hombre”.

Este brevísimo diálogo es fundamental para la comprensión, no sólo de este personaje y de esta obra, sino de todo el humanismo ibseniano; y aún de Ibsen mismo. Stockmann es, por sobre todas las cosas, una voluntad inflexible en función de una verdad ética insoslayable. Pero el voluntarismo de Stockmann no es tan esquemático. Hay más. El insobornable médico es una voluntad no sólo inflexible sino fría. En Stockmann las pasiones aparecen de tal modo sometidas al espíritu superior, que casi se las diría apagadas más que sometidas. La visión intelectual no encuentra en la sensibilidad nieblas

que empañen sus certezas, ni siente la voluntad socavados sus cimientos, por el diente de los sentimientos. Hay algo de épico en la grandeza moral de Stockmann, y es por eso tal vez, que este drama, más que el drama de un hombre sea el drama de el Hombre, de la comunidad humana, y, concretamente, el drama del hombre aburguesado del siglo victoriano. El conflicto no ha de buscarse, así, en el choque de necesidades opuestas dentro del alma de Stockmann, sino en el choque entre el hombre Stockmann y los hombrecillos pobladores de la mezquina aldea noruega. Estos representan la realidad chata, estrecha y hueca del hombre con anteojos oscuros y algodón en los oídos, para todo lo que no sea sus pequeños intereses, más o menos elegantemente vestidos; aquél personifica al hombre de frente levantada y brazo fuerte que mira en la cara a la realidad por dura que sea, y la afronta sin miedo.

\*  
\* \*

Stockmann es el ideal humano de Ibsen. Y, no cabe duda, es un ideal hermoso; pero es también un ideal algo distante, tocado de un leve pero inequívoco matiz de superhombria nórdica. Hay algo de inhumano en el profundo y poderoso humanismo de Stockmann. Tal vez sea esta la causa de que excite en nosotros una admiración ilimitada pero no un amor sin condiciones. Y ese algo inhumano en su humanismo, no es sino, que le falta humanidad.

En el camino de Stockmann no hay molinos de viento, ni luces crepusculares de dilemas y de dudas. Todo es claro. Todo es firme. No hay dentro de él obstáculo ni impedimento alguno. Toda adversidad está en sus opositores, fuera de la limpidez de su mirada y de la seguridad de su elección.

Stockmann es un ideal humano admirable pero lejano, inaccesible, porque no hay un olivar en su pasión...

\*  
\* \*

Pero Stockmann no es solamente un hombre irrealmente ideal por virtud de una superioridad utópica; es también un ideal no imitable por la raíz de que brota su fuerza avasalladora. Stockmann es un hijo del imperativo categórico kantiano; un intransigente de la verdad no sólo porque es la verdad sino también porque es su verdad. La actitud final con que decide quedarse en el pueblo que lo desprecia pone en evidencia el delgado pero resistente hilo que une en el espíritu de Stockmann la adhesión a la verdad y la adhesión a sí mismo. Y esta fibra delgada, más que un cabello y fuerte como una cadena de hierros, es el hálito de orgullo humano que deambula por la obra toda de Enrique Ibsen.

\*  
\* \*

Francisco Petrone encarna al médico noruego en la acogedora carpa del Teatro Arena con entusiasmo de muchacho y corrección de veterano, mostrándose mejor director que actor, sobre todo con un ritmo sostenido y una marcación adecuada. Adolfo Linvel descuella en una composición tan lograda como vocalmente fatigosa. Celia Juárez ha dado naturalidad y aplomo a su Catalina, y Vidal Molina exhibe buena voz y mejor presencia, pero aún no es actor. Promisorias condiciones, en cambio, deja ver Dévorah Kers, quien merece por ellas figurar más alto en el elenco. Por fin, Germán Gelpi ha diseñado una escenografía seria y adaptada, prestando adecuado marco a una traducción escénica digna y recia de "El enemigo del Pueblo".